

La crisis ambiental y las tareas de la historia en América Latina

Algo en América manda que despierte, y no duerma, el alma del país. Hay que andar con el mundo y que temer al mundo. Negársele, es provocarlo.

José Martí, *Nuestra América*

Guillermo Castro Herrera

El carácter de la crisis ambiental

Pocos temas concitan hoy, a un tiempo, tantas aspiraciones de consenso y tan tenaces tendencias al conflicto en las relaciones internacionales como el creciente deterioro de la biósfera de nuestro planeta. Ese proceso de deterioro —expresado en problemas como los del recalentamiento atmosférico, el adelgazamiento de la capa de ozono y la acelerada pérdida de biodiversidad—, en efecto, ha pasado a formar parte de lo esencial de cualquier agenda internacional contemporánea, junto a los otros dos grandes temas de la seguridad internacional y la economía global. Tal equivalencia, sin embargo, puede ser engañosa.

La dimensión ambiental de la crisis contemporánea, en efecto, difiere en su naturaleza, su alcance y sus implicaciones, respecto a los otros dos temas mencionados. Los problemas de la seguridad internacional y del comercio entre los participantes del mercado mundial, por ejemplo, han estado presentes ya en otras grandes transiciones que ha conocido el sistema mundial en lo que va de mediados del siglo pasado a nuestros días.¹ El deterioro global de la biósfera, sin embargo, es un problema que excede los viejos procesos de definición de cuotas de poder a escala planetaria y plantea a la Humanidad los riesgos de un

¹ Nos referimos a diversos periodos de transición: en primer término, a la transición del mundo de las monarquías al de los Estados nacionales, signada por el conflicto Norte-Norte y las dos guerras mundiales que lo culminaron; a la que fue del mundo multipolar al bipolar, signada por el conflicto Este-Oeste bajo el cual tomó forma, a su vez, el conflicto Norte-Sur, y finalmente, a la transición de nuestro tiempo, en la que el paso a la multipolaridad nueva de un mundo de regiones se presenta signado por un conflicto Norte-Sur que se combina con —y se articula en torno a— formas nuevas y más complejas de conflicto Norte-Norte.

severo retroceso en la calidad de vida de la especie entera, si no los de su eventual extinción.

Quizá lo más sorprendente de la crisis que hoy nos aqueja sea el modo en que implica un cierto retorno a lo que podría ser considerado como las formas y problemas normales en el funcionamiento de un sistema mundial que comenzó a formarse hace (apenas) unos 500 años. Ese periodo –salvo el breve interregno de la Guerra Fría–, se ha caracterizado a todo lo largo de su desarrollo por conflictos como los asociados al reparto de esferas de influencia entre grandes potencias; a la disputa por el control de los flujos financieros y comerciales; a la lucha por la soberanía y la autodeterminación de las naciones emergentes –incluyendo sus expresiones etnoculturales y religiosas–, y a los que se originan en el impacto multifacético de los flujos migratorios, por mencionar tan sólo algunos de tradicional importancia en las relaciones internacionales.

Hoy, sin embargo, la crisis ambiental articula y exagera, a un tiempo, los problemas característicos de esa normalidad, en términos que ya plantean una amenaza a la continuidad de la civilización tal como lo conocemos, erosionada en su base misma por las crecientes restricciones a la sustentabilidad de las formas de relación con la biósfera que han sostenido su desarrollo durante estos cinco siglos. Este es, en efecto, el sentido más preciso en que cabe afirmar que la crisis ambiental expresa los problemas de una estructura económica global gestada y administrada a partir de lo que Gareth Porter y Jane Welsh designan como un paradigma que “excluye a los seres humanos de las leyes de la naturaleza” y que, al mismo tiempo, considera a la biósfera como reservorio inagotable de recursos.²

Por otra parte, esa crisis revela también limitaciones crecientes en la eficacia de los mecanismos creados por la Humanidad para el manejo de los conflictos inherentes a tal estructura económica global. El carácter ubicuo del deterioro ambiental, y lo generalizado y diverso de las preocupaciones que genera, tiende inevitablemente a desbordar las formas tradicionales de relación entre los Estados, ampliando de manera constante la esfera de influencia de organismos internacionales vinculados directamente al problema –como es el caso del Banco Mundial y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en un extremo, y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, en el otro.

² *Global Environmental Politics*, San Francisco, Oxford, Westview Press, Boulder, 1991, p. 27. Para los autores, este paradigma “is based primarily on the assumptions of *neoclassical economics*: first, that the free market will always maximize social welfare, and second, that there is not only an infinite supply of natural resources but also of ‘sinks’ for disposing of the wastes from exploiting those resources –provide that the free market is operating. Humans will not completely deplete any resource... as long as technology is given free rein and prices are allowed to fluctuate enough to stimulate the search for substitutes, so absolute scarcity can be postponed to the indefinite future”.

Con ello, estos organismos tienden cada vez más a actuar de hecho como entidades supranacionales, en términos que con frecuencia exacerban las inadecuaciones del sistema internacional contemporáneo y van generando en la práctica una reforma del mismo que apenas empieza a ser debatida en la teoría.

Los problemas que esto implica se complican, además, porque el sistema internacional que conocemos fue diseñado para enfrentar conflictos distintos a los que plantea la crisis ambiental. Esta, en efecto, no es "explosiva", sino gradual en su desarrollo, y permite por lo mismo plazos aparentemente muy amplios de adaptación de las sociedades humanas a sus consecuencias, y de negociación prolongada de soluciones a sus causas. Al respecto basta observar, por ejemplo, cómo hemos venido habituándonos en América Latina a convivir con la endemia del cólera, cuyo retorno a la vida de nuestras sociedades dejó de ser motivo de alarma y escándalo público en cuanto la enfermedad generalizó su presencia en todos los países de nuestra región.³

Ante una crisis que cuestiona de tal modo condiciones y procedimientos que hasta ahora se han dado por evidentes en sí mismos en los procesos de negociación ante situaciones de conflicto entre Estados y grupos de Estados, resulta especialmente llamativa, por ejemplo, la relativa irrelevancia del poderío económico y militar como recurso de presión ante el tipo de conflictos asociados al deterioro de la biósfera. Sin duda, el hecho de que un Estado o un grupo de Estados disponga de esas formas de poderío les otorga aquí, como en los terrenos de la seguridad internacional y la economía global, una posición ventajosa para la promoción de sus propios puntos de vista en el debate, o para el bloqueo de propuestas de solución que afecten los intereses que representan.

Aun así —como ocurrió en el caso de la Administración Bush en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro el año pasado—, esas ventajas pueden resultar incluso contraproducentes para quienes las ejercen. En efecto, el tipo de economía que aquel poderío exige constituye precisamente el mayor factor de presión y despilfarro sobre los recursos naturales en nuestro tiempo. Y, con ello, a la irrelevancia relativa de la posesión de fuerzas armadas y economías poderosas se agrega, además, que la presencia de esos factores de poder tradicional se convierte en un motivo

³ Cifras emitidas en algún momento por el Banco Mundial indicaban que la creación de las condiciones de saneamiento ambiental necesarias para eliminar nuevamente el cólera de América Latina tendría un costo de unos 6 mil millones de dólares. Al sistema internacional realmente existente, sin embargo, le es más fácil reunir en breve plazo los 46 mil millones de dólares que —según algunas estimaciones conservadoras— costó la Guerra del Golfo Pérsico, como le es más sencillo asumir las responsabilidades y los costos de una intervención militar en Somalia que los que implicaría enfrentar con éxito el problema de la desertificación del Sahel, en la que cabe identificar una de las causas fundamentales de las situaciones de hambruna y conflicto social y político en el África subsahariana.

recurrente para situar a quienes los poseen en una incómoda posición defensiva ante el resto de la comunidad internacional.

Por otra parte, y justamente porque expresa contradicciones inherentes a la economía global, la crisis ambiental crea circunstancias en que Estados carentes de aquel tipo de poderío pueden, sin embargo, oponerse a decisiones de interés para los más poderosos en la medida en que controlan el acceso a recursos naturales o segmentos de procesos productivos que les confieren un virtual poder de veto ante problemas específicos. El caso de las oligarquías ganaderas y agroindustriales latinoamericanas, estrechamente asociadas a las élites de poder de nuestros países, no puede ser más ilustrativo, por ejemplo, en su capacidad para bloquear iniciativas encaminadas a la protección de las selvas tropicales.

Con todo, el rasgo diferencial de mayor trascendencia que presenta la crisis ambiental es, probablemente, aquel que se deriva de los espacios que ella ha abierto a la participación de Organizaciones No Gubernamentales en el planteamiento y desarrollo del debate en torno a los conflictos asociados al deterioro de la biósfera. En este sentido, y quizá como nunca antes, las sociedades de los países involucrados en esta crisis han sabido abrirse paso en terrenos que los Estados nacionales y las organizaciones internacionales usualmente se han reservado en virtual exclusividad para sí.

Esto implica que, en medio de todos sus males, la crisis ambiental puede llegar a tener un efecto profundamente democratizador en las relaciones internacionales, creando una posibilidad insospechada para que la eventual creación de un nuevo orden mundial llegue a tener un contenido mucho más participativo que aquel que en su momento tuvo la formación de la Liga de las Naciones o de la Organización de las Naciones Unidas. Y, sin embargo, aun este espacio nuevo se presenta atravesado por las mismas disparidades profundas que caracterizan al conjunto del sistema internacional de nuestro tiempo.

Hay algunas cifras que vale la pena mencionar al respecto. Por ejemplo, a principios de la década de 1980 se estimaba que existían 13 mil Organizaciones No Gubernamentales (ONG) en los países industrializados, cuya población representa el 20 por ciento de la Humanidad. Por contraste, los países en desarrollo —que reúnen al 80 por ciento de la población del planeta—, contaban con unas 2 mil 230 organizaciones de ese tipo. Organismos como el European Environmental Bureau, una confederación de 120 organizaciones de nivel nacional, tienen hoy una membresía combinada de 20 millones de afiliados en los países de la Comunidad Europea, mientras que las ONG's estadounidenses vinculadas a temas ambientales reúnen una membresía estimada en 13 millones de asociados.⁴

⁴ Gareth y Welsh, *op. cit.*, pp. 56-57.

De este modo, aun cuando autores como Porter y Welsh señalen que estas ONG's del Norte y el Sur, aunque difieran mucho "en estilo y estrategia... comparten en su mayoría una misma orientación hacia el desarrollo sustentable", existen importantes diferencias que van más allá de eso entre ambos grupos. Está en primer término, por supuesto, la enorme desigualdad en el número de organizaciones y de recursos de todo orden de que disponen las mismas en ambos casos. Pero está, sobre todo, la diferencia en la capacidad de influencia de esas organizaciones en los procesos de negociación y toma de decisiones, tanto en sus respectivos países como en el escenario internacional.⁵

En un sentido más amplio, estos datos confirman la advertencia hecha por el historiador Eric J. Hobsbawn al señalar que en la crisis ambiental de nuestro tiempo se combinan a escala planetaria las amenazas a la vida humana que se derivan del "puro crecimiento exponencial de la producción y la contaminación", con los conflictos inherentes a un mundo "dividido en una minoría de Estados muy ricos y la mayoría de los pobres".⁶ Una crisis así, agrega, le plantea a la humanidad "problemas del tipo que no puede ser resuelto sin una acción sistemática y planeada por parte de los gobiernos dentro de los Estados e internacionalmente, y sin un ataque a los bastiones de la economía de mercado de consumidores", con lo que el desafío mayor de nuestro tiempo consiste en que:

Si esta acción pública y esta planeación no son encaradas por gente que cree en los valores de la libertad, la razón y la civilización, serán asumidas por gente que no cree en ellos, porque tendrán que ser emprendidos por alguien.⁷

La referencia que hace Hobsbawn al carácter inequitativo del sistema internacional contemporáneo, y las limitaciones que ello implica en la capacidad de acción del mismo frente a la crisis ambiental, tienen una singular importancia para América Latina. Esta, en efecto, sigue haciendo parte de aquella "mayoría

⁵ Para el caso de América Latina, por ejemplo, resulta evidente que las ONG's regionales, a más de ser poco numerosas por comparación, dependen en medida mucho mayor de subsidios externos, tienen un radio de influencia social mucho más restringido —en particular con sectores urbanos de clase media— y operan en el seno de Estados para los cuales la sociedad civil es más en un concepto propio del discurso político de la llamada "modernización" que un interlocutor por derecho propio.

⁶ Algunas corrientes críticas, por ejemplo, incluyen directamente en lo ambiental problemas de orden social, como la pobreza en América Latina, o económico internacional, como el servicio a la deuda externa, que si por un lado drena recursos financieros que la región requeriría para enfrentar situaciones como las mencionadas, por otro exacerba la explotación de recursos naturales en busca de medios de pago. Otras, a su vez, enfatizan la relación que guardan los problemas descritos por el PNUD y el BID con el conflicto Norte/Sur y el proceso de construcción de un nuevo orden mundial.

⁷ En la "La crisis de la ideología... Liberalismo y Socialismo", en *El Gallo Ilustrado, Semanario de El Día*, México, domingo 23 de febrero de 1992, núm. 1548, pp. 3-6.

de los pobres" que caracteriza a las regiones del Sur y, por lo mismo, se ve ineluctablemente llevada a la búsqueda de soluciones que difícilmente pueden ser encontradas en el marco del sistema de relaciones que ha dado origen a esa crisis.

Así, por ejemplo, resulta cada vez más evidente tanto la necesidad de una transformación de vasto alcance en las formas de relación realmente existentes entre el Norte y el Sur, como lo formidable de los obstáculos que esa transformación tendría que enfrentar –dentro y fuera de nuestros países–, si ha de ser llevada a cabo. En primer término, naturalmente, está la necesidad de concesiones de ambas partes.

Sin duda, es necesario que el Norte renuncie a los beneficios que obtiene de la sistemática descapitalización de las economías del Sur; que abra efectivamente sus economías a las exportaciones de nuestros países; que facilite el acceso a las tecnologías avanzadas que hoy monopoliza, y ponga un límite al despilfarro de los recursos naturales que obtiene a bajo costo en los países dependientes. Asimismo, es evidente que el Sur debe afrontar los conflictos inherentes a un manejo más sustentable de sus recursos, un consumo más eficiente de la energía que utiliza, la estabilización del crecimiento de su población y, sobre todo, el despliegue de la voluntad política necesaria para emprender las transformaciones estructurales que garanticen la creación de condiciones de equidad social y participación democrática sin las cuales ninguna de las metas anteriores puede ser alcanzada de modo duradero.

América Latina ante la crisis ambiental

Si concedemos que Hobsbawn tiene razón en la disyuntiva que señala, tendríamos que reconocer también que el sentido que tienen hoy términos como libertad, razón y civilización para una América Latina en busca de un lugar para sí en un mundo en crisis, dista mucho de ser evidente por sí mismo. Por el contrario, ese sentido ha de ser buscado en algún punto entre los dos extremos que caracterizan la presencia de lo ambiental en nuestra vida política y cultural en estos tiempos. Por un lado, la reiterada exaltación tecnocrática del progreso en nombre de la "modernización", a la que se aferran los poderes públicos y privados de nuestros países. Por otro, la idealización del potencial transformador de nuestro pasado prehispánico y de la creatividad desesperada de nuestros pobres del campo y la ciudad, por parte de sectores intelectuales de una clase media empobrecida, que Joan Martínez-Alier designa como "neonarodnistas".⁸

⁸ Por referencia a los revolucionarios rusos agrupados en torno a la *naródnaya volya* –la "voluntad del pueblo"–, que veían en la comunidad campesina en proceso de destrucción por la reforma liberal zarista de

Tales extremos, sin embargo, no expresan tanto una realidad establecida, como la agudización de los conflictos de todo orden que la caracterizan, que resulta de la intensificación en el ritmo y la complejidad de nuestro desarrollo histórico en el periodo de transición que atravesamos. Porque, en efecto, aquellos extremos se ubican a fin de cuentas en los polos más opuestos del debate ya en marcha sobre el carácter de esa transición, en cuya naturaleza misma parece estar la creciente disputa que acompaña a cada paso de avance en el consenso, y la consiguiente ampliación incesante del campo de lo ambiental en la discusión.

En el caso que nos ocupa, la posibilidad de que nuestras sociedades puedan enfrentar con éxito los retos y oportunidades de nuevo tipo que les ofrece la crisis ambiental –en el marco más internacional– plantea, sin embargo, dificultades que se derivan del modo en que la preocupación por este tema se ha hecho presente en la región. En efecto, el proceso de conformación de lo que quizá pudiera ser llamado el ambientalismo latinoamericano abarca problemas que van más allá de la historia de las ideas y la acción política en la región, y que resultan en un análisis que recurre al contraste con lo ocurrido en el mismo terreno en el caso de las sociedades noratlánticas.

A más de ser relativamente reciente entre nosotros, esa preocupación ha venido siendo planteada en lo esencial “desde fuera” y “desde arriba”, a diferencia de lo ocurrido en las sociedades noratlánticas, donde el debate sobre los temas ambientales se ha venido desplegando “desde dentro y desde abajo” a lo largo de casi 200 años.⁹ Los trabajos de historiadores norteamericanos como Donald Worster y Richard White,¹⁰ por ejemplo, revelan que el ambientalismo anglosajón se forjó a lo largo de un proceso de evolución intelectual iniciado a mediados del siglo XVIII, con amplio eco en importantes sectores de la sociedad norteamericana a todo lo largo del siglo XX y, en particular, de la década de 1970 a nuestros días. Esa modalidad de formación, gestada a lo largo de un prolongado y complejo conflicto entre visiones excluyentes e inclusivas, en el sentido indicado, ha venido a constituirse en un importante factor en la percepción y la participación públicas ante los problemas ambientales, y en

la década de 1860, el núcleo fundamental para la construcción de una sociedad nueva, capaz de evadir los males del desarrollo capitalista mediante la instauración de un socialismo inspirado directamente en las virtudes rurales de la Rusia que desaparecía.

⁹ Al respecto, por ejemplo, véase Donald Worster. *Nature's economy, The roots of ecology*, San Francisco, Sierra Club Books, 1977.

¹⁰ En particular, Donald Worster. *Nature's economy. A history of ecological ideas*, Cambridge University Press, 1987; y Richard White, “American environmental history: the development of a new historical field”, en *Pacific Historical Review*, sobretiro, 1985.

la capacidad de la sociedad civil para demandar y someter a control la acción del gobierno ante los mismos.

En el caso de América Latina, sin embargo, no es posible encontrar un proceso equivalente. Por el contrario, si bien cabe identificar desde mediados del siglo XIX una actitud de compromiso de las élites de la región con las visiones "imperiales" de la naturaleza y su rol en la vida social y económica de las naciones más características de la Inglaterra victoriana, se aprecia al propio tiempo —y hasta el presente— una singular dificultad, si no un abierto desinterés de esas élites para hacer coincidir aquella visión con la de importantes sectores de sus propias sociedades que a menudo actúan a partir de una visión distinta, marcada por sus modalidades premodernas y de vida social y económica.

Esto ayuda a entender que el ambientalismo latinoamericano se presente como un fenómeno relativamente tardío, a través —en primer término— de la actividad de entidades como la CEPAL y de organizaciones estatales creadas para atender a problemas ambientales en respuesta a demandas de organismos internacionales, que adquirieron una intensidad creciente a partir de la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Estocolmo, Suecia, en 1972. Se entiende, así, que el grueso de la reflexión y la investigación sobre el tema entre las décadas de 1970 y 1990 haya provenído de organismos internacionales —internos y externos a la región—, antes que de instituciones científicas y académicas y de organizaciones sociales de la región.¹¹

Esto explica, también, que la visión de lo ambiental que ha venido a ser dominante entre nosotros corresponda a la que ya lo era en los círculos gubernamentales y corporativos noratlánticos, y en los organismos internacionales, a principios de la década de 1970, cuando se produjo la inserción del tema en la vida política y cultural latinoamericana. Y ese pensamiento, al asumir como "natural" la circunstancia histórica en que el debate es planteado, tiende por lo mismo a priorizar los temas asociados a la necesidad de hacer "sustentable" en lo ambiental al modelo de crecimiento económico imperante.

La "sustentabilidad" así entendida, sin embargo, encara el problema ambiental en términos de la gestión gerencial de los recursos, antes que en la com-

¹¹ Al respecto, por ejemplo, el libro O. Sunkel y N. Gligo (coord.), *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, El Trimestre Económico núm. 36, 2 tomos, 1980, resume de manera exhaustiva el estado de la discusión en la primera mitad del periodo. Por su parte, los textos *Nuestra propia agenda sobre desarrollo y medio ambiente*, Banco Interamericano de Desarrollo; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo; Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, México, Fondo de Cultura Económica, 2a. edición, 1991, y *Desarrollo y medio ambiente en América Latina. Una visión evolutiva* (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente; Agencia Española de Cooperación Internacional; Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1990, sintetizan el estado de la misma discusión 10 años después.

prensión del origen y la racionalidad de las formas de relación con la naturaleza que sustentan el modelo de crecimiento imperante. Paradójicamente, al menos en apariencia, esa visión "moderna" se remite en realidad a una modalidad de inserción latinoamericana en el sistema internacional que es por demás tradicional, en tanto que considera de hecho a la región en la perspectiva de una "frontera económica" en el sentido que, según Porter y Welsh, "sugiere la dotación ilimitada de recursos que caracteriza a una sociedad con una frontera abierta".¹²

Se puede entender, así, que sea aún reciente el esfuerzo desplegado por nuestro ambientalismo no gubernamental para suplir las debilidades inherentes a las sociedades civiles de la región, reclamando para sí espacios que, en la visión de economistas como Joan Martínez-Alier,¹³ se presentan ocupados por un "ecologismo de los pobres" del campo y las ciudades, que busca preservar el acceso de esos sectores sociales —extraordinariamente importantes entre nosotros— a recursos imprescindibles para su sobrevivencia: tierra, agua, alimento, energía y abrigo. Y esto, a su vez, explica otro importante rasgo diferencial del ambientalismo en nuestras sociedades: que una parte significativa de su actividad tiene lugar, en los hechos, *contra* la economía de mercado, mientras en las sociedades noratlánticas esa actividad ocurre de lleno *dentro* de esa economía.

Aun así, el análisis en perspectiva histórica de estas diferencias no sólo es útil para identificar dificultades sino, y sobre todo, posibilidades quizás insospechadas hasta ahora para la participación de América Latina en la búsqueda de mecanismos de cooperación Norte-Sur que contribuyan a superar los conflictos que actualmente enfrentan a ambas regiones y concurren a agravar la crisis ambiental contemporánea.¹⁴ Es posible, por ejemplo, afirmar la presencia, en la propia cultura latinoamericana, de espacios aún inexplorados, como los que delimitara el filósofo y político cubano José Martí durante sus años de vida en los Estados Unidos (1881-1895), a partir de su estrecho contacto con la obra de autores como Ralph Waldo Emerson, Henry George, Henry David Thoreau y Walt Whitman, todos ellos vinculados a aquella tradición ecologista de corte más comunitario y popular con la que no tuvieron verdadero contacto las élites latinoamericanas del siglo XIX.

¹² *Op. cit.*, p. 27.

¹³ *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular*, Barcelona, Icaria, 1992.

¹⁴ En el sentido en que, por ejemplo, los plantea el *Pacto para un Nuevo Mundo*, propuesto por el Diálogo del Nuevo Mundo sobre Medio Ambiente y Desarrollo en el Continente Americano (World Resources Institute, Washington, D.C., octubre de 1991), o desde una perspectiva más anglocéntrica, lo hizo el entonces senador Al Gore con la propuesta de un "Plan Marshall Global" en su libro *Earth in the balance. Ecology and the human spirit*, Boston-New York-London, Houghton Mifflin Company, 1992.

La obra de Martí, en efecto, nos ofrece un amplio número de referencias a lo que hoy sería designado como la demanda de un "desarrollo sustentable", en el que un uso previsor de los recursos naturales se presenta estrechamente asociado a la necesidad de incorporar a las grandes mayorías sociales de la región a la solución de sus propios problemas, en particular los de la pobreza y la marginación. Ese aporte temprano de Martí¹⁵ muestra sugerentes coincidencias con el desarrollo que viene conociendo en nuestros días un paradigma alternativo en el debate ambiental, que justamente enfatiza la necesidad de redefinir el concepto mismo de "desarrollo" en su capacidad efectiva para ofrecer, a un tiempo, crecimiento económico, bienestar social, participación política y una relación con la biósfera basada en el trabajo con la naturaleza y no *contra* ella, como ha sido lo habitual entre nosotros desde fines del siglo pasado al menos.¹⁶

La contribución al desarrollo de ese paradigma alternativo tiene especial importancia para una región que, como la nuestra, sigue teniendo como principales productos de exportación, a fines del siglo XX, virtualmente los mismos que a fines del XIX.¹⁷ El entusiasmo de los ecologistas de la cuenca del Atlántico Norte, en este sentido, no parece tomar en cuenta lo complejo, costoso y riesgoso de las transformaciones que nuestras sociedades y economías tendrían que enfrentar —en sí mismas y en su relación con las regiones más industrializadas del planeta— para ajustarse al tipo de cambios que se les propone aceptar. Por ello, la tradición discursiva latinoamericana a que nos referimos constituye justamente una de las "fronteras culturales" que aún están por explorar entre nosotros, en busca de elementos que permitan facilitar el diálogo y la concertación de acciones entre nosotros y con los otros frente a la crisis ambiental en el nivel global, contribuyendo así a superar las escisiones características de la relación en esos dos niveles.

¹⁵ Y también, si se los lee en esta perspectiva, de otros autores del período como el brasileño Euclides de Cunha. Véase, por ejemplo: *Los Sertones (1902)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, donde de Cunha aborda el problema de la sustentabilidad del "progreso" en el nordeste brasileño desde la perspectiva del positivismo y, en particular, del temprano desarrollo de la geografía humana en Francia.

¹⁶ Este paradigma alternativo, según Porter y Welsh por ejemplo, plantea que el crecimiento económico "cannot take place at the expense of the earth's natural capital —its stock of renewable and non renewable resources. Instead, the world economy must learn live off its 'interest'. That means radically reducing the world's... fossil fuel use per unit of gross national product (GNP) and shifting to greater reliance on renewable energy sources management and a global accord to stabilize world population at the lowest possible level". *Op. cit.*, p. 30.

¹⁷ Según datos, por ejemplo, contenidos en el *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe (1991)*, Santiago de Chile, CEPAL-ONU, diciembre de 1991.

Un programa de trabajo

De lo dicho hasta aquí y en lo que toca a quienes se dedican a las ciencias humanas en América Latina, puede derivarse un campo de trabajo –tan fascinante como urgente– en el que tendría que converger una amplia gama de profesionales en muy diversas disciplinas de las ciencias humanas. En lo más esencial, se trata de examinar desde una perspectiva interdisciplinaria la viabilidad de las propuestas de política de cooperación internacional en materia ambiental planteadas en documentos como el *Pacto para un Nuevo Mundo* en el nivel hemisférico y en *Earth in the Balance* para el nivel global.¹⁸

Para que una tarea como ésa pueda plantearse objetivos que vayan más allá del señalamiento inevitablemente apresurado del tipo de soluciones “prácticas” de corto plazo tan del gusto de nuestras burocracias estatales, debe ser encarada en los términos más adecuados al ejercicio de una vocación científica, en el estricto sentido weberiano de la expresión. Ello implica identificar una constelación de relaciones de muy diverso orden, en constante interacción entre sí, cuyo estudio define el programa de trabajo que ya amerita el campo al que nos hemos venido refiriendo.

En esa constelación destaca, por ejemplo, la necesidad de avanzar mucho más en la caracterización de las diferencias y las convergencias en la historia de las relaciones entre las sociedades del Norte y el Sur –en su economía, su cultura y su vida política–, y sus recursos naturales, continuando los esfuerzos pioneros de autores como Nicolo Gligo y Jorge Morello,¹⁹ en América Latina, y Alfred Crosby, y Richard Grove,²⁰ en el mundo noratlántico, entre otros. Para ello, sería necesario que tal caracterización, como lo sugiere Donald Worster, buscara,

...combinar una vez más las ciencias naturales y la historia, no en otra disciplina aislada, sino en una empresa intelectual de vasto alcance que

¹⁸ Diálogo del Nuevo Mundo sobre Medio Ambiente y Desarrollo en el Continente Americano: *Pacto para un Nuevo Mundo*, Washington, World Resources Institute, octubre de 1991; senador Al Gore, *Earth in the balance. Ecology and the human spirit*, *op. cit.*

¹⁹ Por ejemplo, en el ensayo “Notas sobre la historia ecológica de América Latina”, en O. Sunkel y N. Gligo, *op. cit.*

²⁰ Véase, por ejemplo: Alfred Crosby, *Ecological imperialism. The biological expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge University Press, 1990, y Richard Grove, “Colonial conservation, ecological hegemony and popular resistance: towards a global synthesis”, en *Imperialism and the natural world*, Manchester University Press, 1990, y en particular, “Origins of Western Environmentalism”, en *Scientific American*, July 1992, vol. 267, núm. 1.

alterará de manera considerable nuestra comprensión de los procesos históricos.²¹

Ese enfoque en perspectiva histórica, además, apunta a un problema más amplio y a una promesa más rica. Parece ser que los latinoamericanos, al igual que los académicos del mundo noratlántico que en tanta medida constituyen modelos de conducta y pensamiento para nosotros, hemos perdido mucho de aquella capacidad para el pensamiento ecuménico que en otro tiempo caracterizara a hombres como Martí y Darwin, por señalar ejemplos en ambas riberas del Atlántico, o entre aquél y Thoreau, por señalarlos en este Hemisferio.

Sin embargo, el nuevo tipo de desafíos que plantea el deterioro de la biósfera está creando con rapidez una circunstancia nueva, que sin duda contribuirá a restaurar a las ciencias humanas en el lugar que merecen, como eje fundamental de nuestras culturas. Para convertir en una realidad esa posibilidad, hoy es más necesario que nunca establecer las bases para un diálogo con otros destacados especialistas en la historia ambiental de las sociedades de aquel otro mundo, que nos facilitaría el acceso a lo que hasta hoy sigue siendo para nosotros la cara oculta de la cultura ecológica del Norte.

Planteado en esta perspectiva, en efecto, ese diálogo facilitaría mucho la caracterización de los obstáculos y oportunidades para la cooperación internacional que se presentan en el nivel de las visiones de la naturaleza en conflicto en ambas regiones. Y esto, a su vez, enriquecería el análisis comparado de los sistemas institucionales –gubernamentales y no gubernamentales–, y los procesos y procedimientos para la formulación y ejecución de políticas públicas en materia ambiental entre quienes han de cooperar en la solución de la crisis.

A su vez, la identificación –todavía pendiente– de los obstáculos de orden estructural y político a una cooperación internacional que incluya efectivamente a las sociedades involucradas, y no sólo a sus Estados, exige un análisis de las nuevas formas de interdependencia económica que caracterizan a la economía global, planteado desde una perspectiva que supere la tendencia hoy dominante a considerar a la biósfera como un mero entorno en el cual se despliegan las relaciones económicas y políticas entre las sociedades humanas. Tal perspectiva histórico–ambiental sería, en efecto, la más adecuada para evaluar la efectiva viabilidad de una política internacional de colaboración frente al deterioro de la biósfera, que realmente enfatizara los problemas asociados al reparto equitativo de costos y beneficios entre las regiones involucradas.

²¹ "History as natural history: an essay on theory and method", en *Pacific Historical Review*, 1984, separata, p. 2.

Este programa de trabajo, si se emprende, tendría que traducirse en un número necesariamente plural de iniciativas de investigación y debate, garantizando además su carácter interdisciplinario mediante un enfoque que combine, simultáneamente, un ejercicio de historia ambiental de mediano plazo hacia el pasado, y otro de análisis de coyuntura de mediano plazo a futuro. En tal combinación, la historia ambiental tendría que proporcionar el eje de integración de las diversas disciplinas involucradas, mientras el análisis de coyuntura proporcionaría el eje de proyección a futuro del nuevo conocimiento producido.

En la medida en que lo hagamos mediante lo que está a nuestro alcance y constituye lo esencial de nuestro deber, esto es, como académicos comprometidos con la sobrevivencia y el bienestar de nuestras sociedades, habremos contribuido sin duda a resolver uno de los grandes problemas de nuestra región y nuestro tiempo. Con ello, además, habremos atendido a tiempo la advertencia que formulara Simón Bolívar en el marco de otra crisis, que también fue decisiva: "A la sombra de la ignorancia trabaja el crimen". Y, sin duda, frente a todo lo que ya se sabe pendiente, dejar de hacer, es el crimen mayor de nuestro tiempo.

Ciudad de México, agosto de 1993.